

Los orígenes de García Márquez

CARTA A UN JOVEN INVESTIGADOR

● ANGEL RAMA

NO dudo de que usted, Jacques Gilard, es joven e impulsivo y hasta egotista, como un personaje de Stendhal. De otro modo sería incomprendible su arrebatada réplica a un artículo que concreta y explícitamente se refería a opiniones vertidas por Eligio García y no por usted, cuya investigación me parecía y sigue pareciéndome excelente. Si lo releo con calma verá que Eligio, además de glosarlo a usted, hacía asertos sobre la novela de su hermano, sobre la crítica hispanoamericana y sobre mi trabajo intelectual que eran objetivamente erróneos, lo que imponía rectificarlos con el imprescindible apoyo documental que se exige en esos casos. Curiosamente, su extensa carta confirma todos mis puntos de vista, limitándose a reivindicar el reconocimiento de su trabajo, cosa que nunca le escatimé.

No tengo contencioso que resolver con usted. Usted hizo en 1975 una investigación de fuentes en la colección del periódico "El Heraldo de Barranquilla, Colombia (y en Cartagena y en Bogotá)" sobre las colaboraciones del joven García Márquez, de resultados de la cual publicó detalladas bibliografías en Eco; tres años antes yo había hecho una investigación semejante, en el mismo lugar, con ayuda de las mismas personas, pero con otra finalidad que se registró en mis cursos universitarios y en mis artículos de crítica, que lamento usted no conociera; agregó que ya en 1972 supe que por el mismo sitio había pasado la consabida profesora norteamericana, aunque no he podido saber si su investigación se produjo en alguna publicación. Hace mucho que sé que la tarea investigativa es prácticamente colectiva, pues cada ejercitante agrega una parcela a una programación, "hasta que aparezcan nuevos documentos" como usted reconoce, lo que neutraliza toda crédula soberbia.

Usted está preocupado por mostrar las fuentes literarias de García Márquez.

Yo en cambio sigo la pista a un problema más complejo que me insumirá años: la tipología de las culturas latinoamericanas en relación a sus manifestaciones literarias, sobre la cual he ido adelantando varios textos. Aproveché mi estadía en la Universidad del Atlántico en 1972 y luego en Bogotá para investigar lo que Virginia Gutiérrez de Pineda ha definido como "complejo cultural negroide o litoral fluvio mineiro" donde no sólo cabían los orígenes de García Márquez (las "jirafas" de El Heraldo podrían publicarse bajo el remedante título *Diario del artista costeño*) sino también los escritos de Alvaro Cepeda Zamudio (del que recogí cuentos aún no recopilados en libro), la narrativa trashumante de José Félix Fuenmayor (equivalente del venezolano Julio Garmendia y del uruguayo Felisberto Hernández), la poesía de Alvaro Mutis (algunas de las piezas encontradas son ya conocidas pues se las proporcioné a Juan Gustavo Cobo Borda para su bella edición de *Summa de Magroll el Gaviero*, 1973) y sobre todo la pasmosa obra intelectual de Ramón Vinyes. En la fantasmagórica Biblioteca Departamental de Barranquilla, que justificaría un cuento de Melville, encontré *Crónica*, pero sí una colección completa de *Voces*, revista clave del vanguardismo latinoamericano que redactara el "sablo catalán" en su juventud, la cual por fin obtendrá ahora su justificada difusión gracias a la antología que preparó Germán Vargas y que publicará el Instituto Colombiano de Cultura. Todo eso es parte del rescate de una cultura marginada, la "cultura costeña" o "antillana" a cuyo conocimiento acaba de contribuir brillantemente Guillermo Alberto Arévalo con su rigurosa edición de la poesía de Luis Carlos López (Bogotá, 1976) que debería ser seguida por la reedición de *Cosme Una triste aventura de catorce sabios* y los papeles dispersos de Fuenmayor, nunca reunidos. Mucho deseaba también, a pesar de que Gabo me

asegura que él agotó la búsqueda, que pesquisáramos en Barcelona el diario íntimo que llevaba Ramón Vinyes y que nos permitiría reconstruir cuarenta años de un proceso cultural "antillano". Es una tarea enorme que nunca podrá realizar un solo individuo y en la cual por lo tanto toda contribución es bien recibida.

Desde este ángulo me interesé en la reconstrucción del proyecto narrativo inicial de García Márquez que se presentaba tan contradictorio, enigmático y hasta legendario en las explicaciones del autor. Pese a algunos personajes comunes, *La casa* es una primera versión del mundo de Cien años, pero no es esta novela. Desde que en 1971 Cromos publicó el fragmento "La casa de los Buendía" se había hecho evidente y confío que los textos que agregué en *El Nacional* lo hayan evidenciado. Cuando antes de publicarlo le remití a García Márquez mi artículo "La iniciación literaria de García Márquez", interesado en saber si mi imagen correspondía a su imagen de ese tiempo juvenil, me contestó con su entrañable modo: "con la lectura de tu artículo cayó la última gota de nostalgia que me faltaba para volverme viejo".

Dos palabras finales. Conozco de larga data las dificultades que enfrenta la crítica latinoamericana y no soy piadoso con ellas. Pero leyendo ahora su nueva contribución en la *Revista de Crítica Literaria Hispanoamericana* (Nº 3, 1976) reparo en que usted incurre en los mismos defectos que censura airadamente. Los dos riesgos de nuestra crítica están representados por dos escollos clásicos: de un lado una ensayística brillante pero escasamente objetiva e informada y del otro una contracción miope sobre el dato perdiendo de vista el hecho artístico. Sólo cuando ambos orbes se combinan, disponemos de la obra fecunda de los maestros: Silvio Romero, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña. Es torpe aposentarse en uno para denostar al otro. Pero parece aún peor que en un estudio de tipo académico, destinado a una revista especializada, se enrostre a todo un continente su falta de información, cuando tal irremisible condena se apoya en el desconocimiento de la bibliografía crítica sobre el tema que se está tratando. Nadie está obligado a conocer todo lo que se ha publicado sobre un asunto pero tampoco está autorizado a condenar a aquellos a quienes no ha leído. Como diría Pirandello, *Ma non é una cosa seria*.